

Hacer los deberes

JOSÉ MANUEL PÉREZ

El curso ha terminado, llega el tiempo de la molición merecida para profesores y alumnos. Sin embargo, los responsables educativos tienen que hacer, como los malos estudiantes, sus deberes en el verano para no suspender en septiembre. Puede que los expertos en cortinas de humo sigan para entonces hablándonos del sexo de los ángeles, pero tenemos problemas reales. Todos los problemas de la sociedad son también del ámbito educativo, y viceversa: tanto el terrorismo como la violencia en las aulas; tanto los ilegales como la escolarización de inmigrantes que no saben una palabra del idioma; la globalización y la búsqueda indiscriminada de beneficios tanto como la privatización de los servicios educativos; la brutalidad de los talibanes que esclavizan mujeres tanto como el olvido en que aquí, en el país de más baja natalidad del mundo, se tiene a la familia; los asuntos internos de países que no respetan los derechos humanos (tengan o no petróleo, incluidos los EE.UU.) tanto como la autonomía de gestión de los centros.

Nuestros altos cargos nos han tenido en ascuas, acabando por el consejero Villapalos que empezó el curso subiéndose el sueldo de 8 a 13 millones y lo acabó sentado en el banquillo (no por doblarse el sueldo sino por una presunta malversación de la que ha sido absuelto). Menos mal que la justicia ha sido veloz y clarividente porque -como dice un conocido mío- una cosa es que estemos mandados por huevos y otra por chorizos. No es el caso, podemos respirar tranquilos y volver a la rutina de los cupos y los problemas de gestión. Uno no sabe a quién echar la culpa de los desatinos, si a Educación o a Hacienda, si a la ministra o a los consejeros: siempre la tiene otro. Ha sido un año de globos sonda y fuegos de artificio. Se han pretendido reformar los contenidos mínimos, las humanidades, las universidades. Retoques. Pero esperen. Cuando nos vayamos de vacaciones -como sucede siempre con los grandes acontecimientos- tendrá lugar el parto de los montes con que se pretende reformar el sistema educativo. Aunque, si los teóricos progresistas del PSOE hicieron ESO, asusta pensar qué harán los conservadores del PP, tan prácticos ellos.

La sociedad cambia pero, probablemente, lo sustancial permanece y de esa sustancia debería ser garante el sistema educativo: los franceses mantienen sus liceos sin grandes cambios desde hace doscientos años y derecha e izquierda defienden, por *grandeur*, el sistema público. Los alemanes parecen discriminatorios con sus tres tipos de centros, pero tienen una estupenda Formación Profesional y les va bien. Aquí cambiamos compulsivamente: cada quisque quiere dejar su huella. Deberíamos construir un buen sistema (porque el que tenemos es malo) y dejarlo estar. Pero los auspicios son aciagos porque no tenemos claro qué hay que enseñar, ni cómo. Ni siquiera si conviene enseñar, ni para qué. Nuestros políticos no saben lo que quieren, qué tipo de personas pretenden (¿o sí?): usuarios comprensivos, contribuyentes dóciles, pacientes resignados, televidentes adictos, votantes seguros.

Escuelas e institutos (y universidades, mal que les pese) reproducen los esquemas sociales: no conforman la sociedad (qué más quisiéramos) sino que es la sociedad la que decide qué tipo de enseñanza quiere, si comprensiva o diversificada, si permisiva o exigente.

Y este curso se acabó...

JUAN CARLOS LÓPEZ RODRÍGUEZ • MAESTRO

El final de curso está próximo y muchas veces se convierte en un momento de tensión y conflictos, por ello vamos a hacer un análisis de esta situación y ofreceremos algunas reflexiones que nos puedan ayudar a salir airosos de él.

En muchos casos, manejar con acierto el final de curso supone poner la primera piedra para iniciar con buen pie el siguiente.

Partamos de que todo lo nuevo se coge con ilusión y cualquier final suele llevar una carga de cansancio. En muchos casos un final de curso no es más que un momento de acumulación de tensiones: ¿quién repetirá? ¿Qué curso tendré el año que viene? ¿A qué repetidores me meterán? ¿Con quién me tendré que coordinar? ¿Qué dirán los padres si sus hijos repiten? ¿A qué hora llegaré a casa los días de reunión? ¿Me entregarán la memoria a tiempo o tendré que venir en julio a rematar? ¿Se le ocurrirá a la Administración algún papel de última hora? ¿Cuadrarán las cuentas? ¿Serán criticadas en el consejo escolar?

Muchos son los factores que pueden acentuar la tensión de final de curso:

- La sensación repetida año tras año de copiar las memorias no hace más que crear una sensación de inutilidad y de falta de creatividad.

- Rellenar muchos formularios iguales no hace sino mecanizar la labor y la rutina es aburrida.

- La posibilidad de equivocarnos al escribir en documentos importantes: libros de actas, de cuentas, de escolaridad del alumno...

- La nostalgia del cambio, del abandono o del adiós. A veces sólo nos centramos en las meteduras de pata de los cursos anteriores sin percatarnos de nuestras pequeñas aportaciones, tanto al colegio como a los alumnos.

- Los cambios de destino, aunque sea a mejor, siempre desequilibran y crean inseguridad al final de curso.

- Las prisas por querer acabar los libros en el último mes. Lo que los niños no han aprendido en un año no lo van a aprender en unas semanas. Debemos tener suficiente seguridad profesional como para no sentirnos esclavos de los libros, y sí más sirvientes de los alumnos, con nuestros propios métodos.

- La tensión añadida de las oposiciones, bien como opositor o como miembro de tribunal. ¡Vaya, ya me jorobaron las vacaciones!

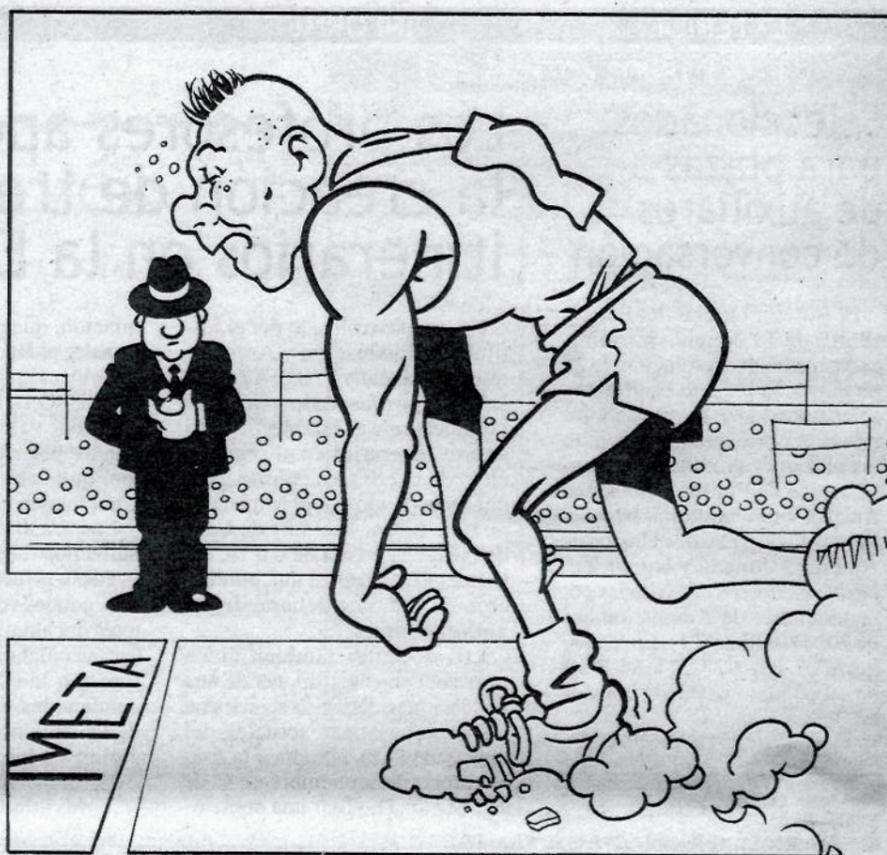
En cualquier caso, nuestras sobrecargas no tienen por qué pagarlas los niños, ni las del equipo directivo, los maestros.

¿Y cómo lo podríamos hacer más fácil?

- En esta situación conviene no abusar de las reuniones, hacerlas muy efectivas, ágiles, mínimas (sólo las necesarias) y muy relajadas; los finales suelen ser calientes y con leña encendida puede saltar fuego.

- A pesar de lo dicho, algunos temas tenemos que arreglarlos «en caliente», ya que al principio del próximo curso no nos ocuparán tanto, pero, si no se arreglan, nos molestarán todo el año. Me refiero a este horario que no funcionaba, esas actividades que no resultaron bien o estuvieron muy desorganizadas, aquel alumno que no tenía apoyo a pesar de necesitarlo. Muchos equipos directivos empiezan a preparar el curso en agosto y en septiembre nos coge ya fríos y olvidadizos.

- El último claustro no se puede dejar muy para el final (nunca el último día de curso,



so, ¡interpretemos la ley de manera inteligente!) por si se producen «choques», que haya tiempo para limarlos antes de empezar el próximo curso

- Lo mismo pasa con los consejos escolares: necesitamos al menos un día para comentar o desahogarnos de lo acontecido en el último y no llevamos ruido -escolar- mental durante las vacaciones.

- ¡Ojo si hay elecciones a director! Es necesario cuidar de que los plazos permitan tiempo suficiente para una vuelta a la calma después del revoloteo que ocasionan y recordar que toda política de cambio ocasiona desequilibrio. Si no hay tiempo para superar el conflicto, puede dañar al colegio como organización.

- Los inspectores deberían nombrar a los directores antes de final del curso; es muy desagradable acabar con incertidumbre y empezar con desconcierto.

- No leer la memoria en un claustro, buscar otros canales para difundirla. El claustro sólo la aprueba y no hay mejor forma de fomentar una siesta que tener a los compañeros callados escuchando durante una hora o más una lectura aburrida. Hacer un extracto de lo más relevante y novedoso y lo que suponga mejoras para el año próximo y exponerlo con entusiasmo, siempre recordando, reforzando los avances y logros obtenidos y planteando las deficiencias como propuestas para mejorar el curso venidero.

- No dejemos todo para el final: excursiones, semanas culturales, fiesta de fin de curso, revistas, convivencias... Bastante tiene el final de curso por si solo como para añadirle más cosas. Y a lo largo del año hay tiempo suficiente como para distribuir todas estas actividades.

- Los equipos directivos deben tener prevista ya en mayo la lista de tareas se han de hacer durante el último mes, y más en concreto los días sin alumnos, distribuir las pa-

ra no duplicar; saber lo que es propio del coordinador o del tutor, etc.

- Tener previstas ocupaciones para todos, lo que se denomina disgregación de quehaceres. En un colegio siempre hay mucho que hacer: inventarios, reparar material, ¡tirar material! A veces los colegios reducen su espacio por acumular materiales inútiles. Y, en caso de tenerlos desocupados, asignarles como colaboradores de algún compañero o darles vacaciones «sub y extraoficiales». Mejor lejos del colegio que incordiando.

- Hay que tener en cuenta que los tutores suelen tener mucho más trabajo que los especialistas y a los primeros les viene bien que les echen una manita.

- Es el momento para que los Equipos de Orientación Psicopedagógica, los asesores de los CPRs, la Inspección... se mantengan alejados de los colegios y no sobrecarguen con más tareas. Incluso deberían estar más dispuestos que nunca a ayudar y resolver cualquier duda (utilizando el teléfono y los ordenadores para recibir, más que para enviar).

- Es la ocasión de terminar en buena lid, no es hora de venganzas sino de hacer las paces.

- Tampoco es tiempo de lucimientos personales que, por otro lado, pasarán inadvertidos.

- La comida de fin de curso es una buena ocasión para crear distensión y sirve para cuidar el clima interno. Si alguien se va, es ahora cuando se le puede hacer fácil y bonito.

- No nos olvidemos de prestar una atención especial a los interinos, sobre todo a los que están en su primer destino. Mientras todos esperamos el final de curso con muchas ganas, para ellos el adiós está lleno de nostalgia. Un pequeño detalle o una atención de reconocimiento les llenará de satisfacción y les animará a seguir superándose.